

Primera parte

El crisol de la prueba nos demuestra quiénes somos realmente

“Aunque esté en el mar flotando sobre un pedacito de madera podrida, voy seguro y tranquilo; pues, quien está en la costa como faro es Jesús. Cada braceada que doy dejo un espacio de agua que no volveré a bracear, ya quedo atrás; solo miro el faro, tengo esa meta.”

Pastor Fernando Sánchez

Miembro de la ABA



Ciertamente es casi imposible olvidar los dolorosos sucesos del pasado cuando un ser querido parte de esta tierra: familiares, hermanos/as de la congregación a la que pertenecemos, amigos; seres que ya no podremos escucharlos, abrazarlos; aun mirando fotos, videos, grabaciones de audio o leyendo alguna carta guardada que nos han escrito, es un tormento interno que desangra. Desde la ausencia de aquel ser que amamos, nuestra vida será un antes y un después.

Aun sufro por la muerte de mi hijo y así será por el resto de mi vida terrenal. Me duele su ausencia, el no poder seguir compartiendo la vida en este mundo. Pero lentamente dejo de lado esa historia y le doy el lugar que le pertenece como historia. Entonces sufro mi condición presente y si salgo de este estado del hoy y ahora, lo hago para sólo extenderme al porvenir.

Al transcurrir el cuarto mes de la muerte de mi único hijo en un accidente vehicular, escribo aquellas vivencias:

“Después de la internación psiquiátrica, seguí mi recuperación por consultorio externo. Estaba medicado para mantener un equilibrio emocional y para poder dormir en este periodo de duelo. Continué con las charlas psicológicas para no perder tanto ese espíritu de sociabilización, pues me estaba aislando mucho, aún de mi amada iglesia.

Cada vez que comenzaba una idea, una imagen mental de mi hijo Tomás le abría las puertas a recuerdos que destrozaban mi cabeza. Quedaba tendido en mi cama o en el suelo llorando a gritos. Pensaba en la tragedia en la que falleció, o de la vida junto a él, de niño o ya de joven. Terminaba en una agonía devastadora, muchas veces echándome culpas, agregando dolor al dolor; sufriendo más de lo que ya sufría.

A partir del accidente sólo tenía recuerdos de ese momento. Sobre todo, al depositar el féretro en esa fosa. Retrocedía en el tiempo, encerrándome nuevamente en esa nostalgia oxidante, y la culpa entronada como jueza de la situación. El dolor renovaba sus fuerzas realimentándose del pasado cercano y lejano, imágenes de probabilidades que jamás lo serían ya, pensamientos y reflexiones de cosas ya imposibles de realizar”.

Esos pensamientos muchas veces, sino todas, no provienen de Dios, ¿por qué? Porque el resultado era un momento de dolor putrefacto, llanto, tristeza, amargura. Yo provocaba esa escena, proyectándome esas imágenes mentales para destrozarme la vida; como para pagar algo, y compensar mis equivocaciones

históricas con ese ser que ya no está.

Entonces asumí algo: tengo la responsabilidad de cada día ocupar mi mente en imágenes que me lleven a Dios. Pero si necesitaba recordar, debía hacerlo en un equilibrio racional. Me servía mucho buscar a alguien para charlar, orar, tomar la Biblia, dibujar, hacer arte. Buscaba los recursos para seguir ganándole horas y días a mi herida que aun sangraba a cantaros.

Ningún pensamiento que nos haga sufrir, nos llevará a cambiar algo

Comencé a preguntarme en la soledad de mi habitación: Por las circunstancias que estaba viviendo, ¿me considero un hijo de Dios, un hombre de fe? Mi respuesta fue tan sincera como cada lágrima que desciende en este momento que estoy escribiendo: ¡Sí!

Si consideraba a Dios como mi Padre, y mi fe como lo único que me quedaría para no enloquecer de dolor y angustia, debía creer más y más al Señor, y sobre todo lo que Él quiere de mí. En la Biblia está la respuesta. Allí encontré todo, redescubrí textos que leí decenas de veces pero que hoy tienen un alto contenido espiritual.

La segunda pregunta que me hice fue: ¿Para qué mi Señor permitió esto? Y así, con hambre y sed de respuestas, comí de su mensaje; y lo sigo haciendo con seguridad y absoluta confianza de que Él me habla en ese momento. No sigo mi ritmo habitual de lectura. Dejo que Él me revele lo que en ese momento me quiere enseñar, sin apurarme y muy atento a cada palabra, frase u oración.

Sumergido en mi relación con Dios a través de su Palabra, la lectura de otros libros de gran inspiración; buscando respuestas y fortalecimiento, más la oración que en muchos casos fue acompañada de lágrimas; llegué a un estado de total “debilidad”, pareciera contradictorio, y sobre todo de vulnerabilidad. Sentí que aún los hechos más pecaminosos de mi vida estaban cubiertos por su gracia, y que los hechos más virtuosos de mi vida... también. El sostén que Dios me daba era total. Mi reposo en Él debía ser absoluto para salir de ese oxidante estado de plena depresión que me llevaría a una dejadez en el amplio sentido de la palabra.

Poco a poco fui saliendo de esa crisis inicial. Dejé de llorar a gritos y mi ser espiritual fue reacondicionando a mi ser racional. Todo lentamente fue tomando una posición distinta, ocupando su verdadero lugar en tiempo y espacio.

De la mano de Jesús sigo caminando el día a día. Siento que mi espíritu volvió a ese primer amor del comienzo de mi nueva vida. Hoy sigo llorando a mi hijo; estoy aprendiendo a

vivir con el dolor, renovando mi postura como siervo del Señor, como un hijo que sortea una prueba más. **Tengo un Señor, y de Él es todo lo que soy. Sólo Él tiene la potestad de mi conciencia y todo mi ser.**

Sin dejar que la ansiedad me supere, pero con firmeza, debe quedar todo atrás. Sin olvidar, cosa imposible; con dolor, pero intentando despaciosamente dejar ese momento y cada recuerdo que me desangra en su lugar... la historia.

Dice el Dr. Daniel López Rosetti en su libro “El estrés de Jesús”: Recordemos que en el estrés no importa lo que sucede, sino lo que uno cree que sucede. La realidad es, en definitiva, una cuestión que tiene mucho que ver con la interpretación emotivo-racional que hacemos de los hechos y circunstancias; por tanto, está sujeta a variables individuales sumamente complejas, donde el resultado final depende de la particular e individual relación que formulamos entre lo objetivable desde la razón y la subjetividad del sentimiento y la emoción”.

En el caso que estamos reflexionando juntos, no solo se trata de interpretación, como dice el Dr. Rosetti, sino también de memorización, es decir que en nuestro caso sigue sucediendo la historia; el área emotivo-racional se desgasta en un pasado que lo revivimos constantemente, actualizamos el pasado y lo vivimos en una realidad actual, (me refiero a ese pensamiento, recuerdo o imagen que se instala obsesivamente y no descansa de estar en la conciencia hasta verse desplomada/o).

Soy consciente de que todos esos recuerdos, si ya ha pasado un determinado periodo (aproximadamente un año), y persisten casi como si no hubiera pasado el tiempo, me roban la paz, el gozo, la comunión en la iglesia y con Dios. Más allá que sean entendibles dentro del primer año de duelo, ¿qué nos estará pasando cuando sobrepasa este tiempo? Cuando ni aún los profesionales pueden dar un cierto alivio es tiempo de reflexión: ¿Dónde quedó ese primer amor con el Señor? ¿Dónde quedó el gozo “a pesar de”?

¿En qué o en dónde busco la paz? ¿La encontraré fuera del Príncipe de Paz? ¿No acepto lo que me pasa siendo la voluntad de Dios?

Si me he arrepentido de corazón de los errores que cometí, ¿acaso dudo de que Dios me ha perdonado? Esto último es de SUMA IMPORTANCIA. La sangre de Cristo te ha limpiado y te perdonó de todas las faltas que hayas cometido con tu ser amado ya ausente.

El libro de Eclesiastés, en su capítulo 3, nos dice que todo tiene su tiempo.

El apóstol Pablo se pone en sintonía con Salomón, no sólo considerando que cada cosa tiene su tiempo, sino también olvidando ese tiempo pasado; y más, extendiéndose al porvenir, con una meta clara.

Lee Filipense 3:1-17. En esos versículos estaremos reflexionando en el próximo Reflexión Bautista.

Si aún en lo nublado, “el sol siempre está”; con más razón Cristo estuvo, está y estará.

Dios quiere lo mejor para nosotros. Él es bueno y nos ama.

ABA PAIS

ESTAMOS DONDE VOS ESTAS...



ABA País tiene como objetivos:

- Ayudar a realizar tareas evangelísticas a las iglesias miembro.
- Fortalecer el contacto con dichas iglesias para conocer necesidades, brindar apoyo local, llevar materiales e información de ABA.
- Establecer contacto en las zonas que se visiten con otras iglesias que mantengan los principios bautistas y que aún no sean miembros de ABA para interesarles.

Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver como están.

Hechos 15:36

Si Ud desea colaborar con ABA PAIS, haga un depósito a la cuenta de ABA, avisando inmediatamente al mail tesoreria@bautistas.org.ar con el asunto “ABA PAIS”.
ABA ASOCIACIÓN BAPTISTA ARGENTINA CUIT: 30-71041311-4